

En diálogo¹

HAJO RIESE

Interlocutor: MANFRED NITSCH

La Escuela Keynesiana de Berlín

(en busca de una salida para las economías latinoamericanas)

Hajo Riese es uno de los representantes más importantes y originales de la economía keynesiana en Alemania. Y, sin embargo, él nunca se ha considerado a sí mismo como intérprete de Keynes, siendo su empeño más bien superar con su enfoque monetario keynesiano los puntos débiles que hubieran permitido reintegrar a Keynes dentro de la teoría neoclásica. Ello le ha exigido un programa de investigación del desarrollo de un paradigma autónomo capaz de reafirmar el postulado keynesiano de una "monetary theory of production". Para presentar al economista berlinés, consideramos como lo más indicado remitir a sus "Grundlegungen eines monetären Keynesianismus", de reciente aparición. Los dos tomos de la obra, con sus aproximadamente 1500 páginas, documentan este nuevo enfoque teórico en toda su amplitud. Ahí se recogen desde textos centrados en las exigencias metodológicas al desarrollo de un paradigma alternativo, pasando por otros que comprenden el núcleo duro de un keynesianismo monetario, hasta artículos en que se aplica la teoría a planteamientos de índole político-económica. Este copioso material representa un corte transversal que permite seguir paso a paso la formación del enfoque y los desarrollos en el pensamiento económico de Hajo Riese. En esta documentación, el profesor berlinés se revela a la vez como un economista liberal que no se cansa de exigir consecuentemente, desde la teoría del mercado, la fundamentación de análisis científico-económicos y de enfoques político-económicos. Producto de tal actitud es un profundo escepticismo frente a concepciones ingenuas, que se las dan de apropiadas para la economía de mercado, pero que no son conscientes de los límites de sus propios fundamentos teóricos.

Su interlocutor y colega, **Manfred Nitsch**, es catedrático de economía política de América Latina, con especial énfasis regional en el Brasil, Colombia y la región amazónica, y con especialización en asuntos monetarios y bancarios, incluido microfinanzas y cooperación internacional, en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín.

El diálogo, que tuvo lugar el pasado noviembre en Berlín, reproduce reflexiones fundamentales de una escuela común, a nivel teórico y práctico, cara a actuales desarrollos de la economía en general y de la latinoamericana en especial.

Manfred Nitsch: No deja de ser un fenómeno interesante que, entre los economistas, la revolución keynesiana – como se la llamaba en los sesenta – actualmente ya no tenga adeptos, o sólo muy pocos. Tú eres uno de los pocos protagonistas que aún se confiesan partidarios de Keynes. ¿A qué atribuyes que ese entusiasmo por Keynes, que se mantuvo hasta bien entrados los setenta, haya sufrido semejante bajón tanto entre los economistas profesionales como en la opinión pública y entre los políticos?

¹ in: DIALOGO CIENTIFICO. Revista semestral de investigaciones alemanas sobre sociedad, derecho y economía (Tuebingen), Vol. 11, No. 1/2, 2002: 177-190.

Hajo Riese: Se trata efectivamente de un fenómeno extraño. De todos modos, en la historia de la teoría, siempre es muy contradictorio el hecho de que cuando la teoría deviene verdaderamente histórica, o sea, empíricamente relevante, entonces se modifica o hasta pierde su importancia, como ocurrió por ejemplo con el marxismo durante el movimiento estudiantil. Una vez que la teoría marxista, concretamente el subempleo, resultó relevante – con lo cual ya entramos en tema – desapareció el movimiento estudiantil y, junto con él, la recepción marxista. Y creo que un fenómeno similar es una razón importante para explicar el ascenso del keynesianismo en la época de postguerra y su crisis en los años ochenta y después.. Cuando la "General Theory" vio la luz en 1936 como obra que hizo época, la economía mundial ya se hallaba bajo el preanuncio de la intención bélica, es decir, que su relevancia empírica bajo condiciones de economía de mercado sólo podía desarrollarse después de la Segunda Guerra Mundial, como de hecho ocurrió. Ello ya es un motivo para el ascenso, para la paulatina recepción; y hasta que cunde una teoría de tal relevancia, con lentitud empírico-científica, eso lleva su tiempo...

MN: ¿Pero fue realmente mucho más convincente en el plano argumentativo la contrarrevolución monetarista *mainstream*? ¿Cuáles fueron en tu opinión los argumentos decisivos a los que ya no podían responder adecuadamente los keynesianos - si es que interpretamos a "los keynesianos" dentro de un espectro relativamente amplio, como era el caso a principios de los setenta?

HR: Bueno, creo que eso es relativamente fácil de responder. En realidad, el renacimiento de Keynes descansa en un malentendido si lo asociamos al desarrollo del capitalismo tras la Segunda Guerra Mundial en los países industrializados del Norte. Puesto que el aporte de Keynes fue una teoría del empleo, de coyuntura, mientras que lo que observamos tras la Segunda Guerra Mundial fue una época de crecimiento. Con ello no quiero decir que el patrón teórico keynesiano sea aquí totalmente irrelevante. Hay naturalmente ciclos coyunturales y políticas tipo *stop-and-go* en esa época, pero el rasgo sobresaliente fue el crecimiento y la acumulación vertiginosa que llevó al pleno empleo. Algo que de ninguna manera respondía al modelo keynesiano.

MN: Se puede entonces afirmar que en los cincuenta y sesenta el monetarismo u ortodoxia *mainstream* y el keynesianismo fusionaron dentro de una especie de síntesis – como lo manifiesta la llamada "síntesis neoclásica" en los libros de texto. Recuerdo que cuando una vez pregunté a mi profesor y director de tesis en Múnich, si él era un keynesiano o un neoclásico, me respondió que ni él mismo lo sabía exactamente. Eso fue más o menos por los años 1968/69/70. Cuando 10 años más tarde llegué aquí a la Universidad Libre de Berlín y me encontré contigo en la facultad, la situación era diferente, ya estaban relativamente claros los lindes de las escuelas entre marxistas y neoclásicos, monetaristas *mainstream* y vosotros como keynesianos, de manera que, a finales de los setenta, también yo me vi obligado a orientarme y, a fin de cuentas, a decidirme, puesto que ya no podía respaldarme sin más en la síntesis neoclásica-keynesiana de los años de Múnich.

HR: Totalmente de acuerdo con esa observación. Diría incluso que deberías separar el renacimiento del neoclasicismo y del monetarismo. En realidad, dos cosas son aquí decisivas: la primera es la sucesiva orientación del keynesianismo hacia la teoría del crecimiento, lo cual tiene naturalmente también un trasfondo histórico. El famoso artículo de Solow apareció en 1956. E hizo época por su planteamiento, al arremeter contra la teoría clásica de la acumulación, cuando sencillamente dice que existe un *steady state*, lo cual contradice la ley de la caída de la tasa de ganancias. Es algo que naturalmente marcó mucho en cuanto que a final de

cuentas terminó por ser aceptado también por todos los marxistas ilustrados. Bien, y lo segundo de importancia en Solow, es que se trata naturalmente de un modelo neoclásico, por presuponer el pleno empleo. En este sentido se basa también, en cuanto teoría macroeconómica, en el microcosmos neoclásico de una alocaión de recursos dados – aun cuando el modelo en sí ya no lo formule.

Entonces, este segundo punto es sencillamente la respuesta, teórica y también política en cuanto instrumento político, a un subempleo que se inicia con los setenta y que ha conducido a una síntesis neoclásica metódico-formal, y que ya por ello es una "síntesis neoclásica" – considero totalmente correcto el concepto -, porque es realmente muy representativa: ¡una síntesis con instrumentos keynesianos y de resultados neoclásicos! Y esa es naturalmente la razón – y con ello retomo tu pregunta de entonces – de que tu maestro no supiera exactamente en qué corriente podía ser situado. Puesto que es una respuesta al deseo de armonía de nuestra *scientific community* psicológicamente hablando. E incluso en mi generación, esta síntesis sigue siendo la teoría dominante. Cuanto más cerca estamos del asesoramiento político, y por ello todo tiene algo que ver en último término también con América Latina, tanto más próximos nos hallamos también del instrumentario macroeconómico. Para volver al tema de la síntesis neoclásica, esto es ahora un fenómeno histórico-teórico o bien un fenómeno metodológico: el hecho de que este modelo, que es un modelo para una situación de pleno empleo, haya resultado en realidad virulento sólo dentro de una fase de crecimiento en disminución, donde desde principios de los setenta registramos una tendencia al subempleo, pertenece sencillamente a las contradicciones antes mencionadas. Pero el keynesianismo no tiene aquí una respuesta peor, aunque tampoco otra mejor. Ahora podemos hablar sobre el fracaso de los instrumentos, concretamente sobre la concepción tradicional de que keynesianismo quiere decir política fiscal.

MN: Y en lo esencial déficits fiscales. ¿No han contribuido éstos también, por así decir, a desacreditar al keynesianismo, llegando casi hasta a equiparar a Keynes a déficit fiscal, también más allá de Alemania, hasta el punto de que este descrédito en el excedente de pasivo, con el aumento luego de la deuda de los gobiernos tras la Segunda Guerra Mundial, tenga algo que ver con el cambio más tarde hacia la austeridad, con más énfasis en el mercado y menos en el Estado, hasta tachando al keynesianismo de fiscal deficitario?

HR: Por supuesto. Aunque no soy adepto del keynesianismo fiscal, porque significa una interpretación superficial de la economía keynesiana, soy extremadamente precavido en lo que se refiere a tales juicios, una vez que aquello que ahora trata de desacreditar al keynesianismo de esta índole, naturalmente que está dirigido en último término a desacreditar también la economía neoclásica. Es cierto que ésta siempre postula que las condiciones del mercado crean un equilibrio, un equilibrio del mercado, la liberalización en el sentido más amplio, eso es la esencia de la teoría liberal, pero su relevancia es muy limitada. Cada economista liberal de esta proveniencia tiene que recurrir siempre a la metáfora del fracaso de la política, al no presentarse jamás tales condiciones en la realidad. Y como quiera que nuestra *scientific community* – digámoslo sin consideraciones – es demasiado holgazana como para buscar razones y también déficits teóricos de la teoría neoclásica, teniendo siempre a mano la cómoda metáfora del fracaso de la política, insinúa que ello impide en cierto modo precisamente que se impongan condiciones del mercado – algo que naturalmente no puedo aceptar en cuanto *citoyen* ilustrado.

En absoluto pongo en duda el concepto de «fracaso» (MN: ¿Cómo *deus* o *diabolus ex machina*? HR: -¡Sí!), aunque ahí exista un equivalente keynesiano, lo cual es también cuestionable desde un punto de vista metodológico, es decir, el llamado "fracaso del mercado", como si el desempleo fuese una falla del mercado y no su resultado. Marx fue mejor, si bien no aporta una fundamentación teórica suficiente para ello, por reducirlo en última instancia al ejército

industrial de reserva. En contra de Marx suelo decir que podríamos estar contentos de que el paro que tenemos en todo el mundo fuera únicamente un ejército industrial de reserva. En vista de las condiciones de funcionamiento del capitalismo eso es una teoría optimista del desempleo. (MN: ¡Pero no olvides al proletariado lumpen! - HR: ¡Sí, sí, gracias! Pero ahora no es Marx nuestro tema.)

MN: Sin embargo sería interesante ver en qué consiste ese keynesianismo más allá de lo convencional, con su demanda global, o vulgar como a veces se le llama, con sus déficits fiscales. ¿Cuales son las características del keynesianismo monetario, o - en palabras de Keynes - de una "teoría monetaria de la producción"?

HR: El eslabón entre la producción real y los actores económicos es en primer lugar monetario, eso es lo decisivo. La restricción de la economía no son los recursos reales sino el financiamiento monetario. Además, una economía internacional se basa en varias monedas, no todas ellas de la misma calidad como denominadores para la riqueza. A fin de cuentas, cada objeto de valor - inmuebles, activos financieros y otros bienes - tiene que ser valorizado con un estándar común para ser comparable. Normalmente es el dinero, la moneda del país, quien asume esa función. Pero hoy en día vivimos en un mundo con varias monedas. Y con ello llegamos al tema América Latina. Es básica esta concepción de que es la calidad de la moneda lo que cuenta para la fuerza o la debilidad económica de un país, y no las medidas estructurales de cualquier tipo, sean éstas de índole institucional o bien condicionadas por el mercado. Poseemos un criterio para medir el *performance* productivo de economías nacionales, que no es perfecto pero sí suficiente para lo que estamos discutiendo aquí: se trata del ingreso real per capita.

MN: Y que se desarrolla de modo divergente a modo de tijera, entre los países industrializados y los en desarrollo, incluida América Latina.

HR: Esto es lo que muestra el desarrollo de postguerra, que no se produce una convergencia sino una divergencia. Este hecho es en mi opinión, un desafío tremendo para la teoría, porque no hay ninguna teoría liberal que derive este resultado de las condiciones del mercado.

MN: ¿Y no surgió algo de eso últimamente? ¿Con el "equilibrio múltiple"? Me parece que sí. Pero detengámonos una vez más en el tema del keynesianismo monetario: ¿cómo explicar a no especialistas esa propensión a la liquidez?

HR: A un argentino de la calle no preciso explicárselo (risas), porque él conoce perfectamente la diferencia entre el dólar y el peso. Una condición para el funcionamiento de los mercados de bienes de valores es el hecho de que existen monedas cualitativamente diferentes, y su característica, muy importante en nuestro contexto, es el hecho de que las monedas débiles son siempre objeto de sospechas de devaluación, y ello permanentemente. Lo cual es una posición antiliberal. Tal vez sea mejor explicar esto último: se trata de algo "anti-liberal" porque aquí se interpreta la llamada flexibilidad de los tipos de cambio de modo diferente a como lo hace normalmente la teoría neoclásica, y también la clásica, que la interpreta como una expresión de precios relativos de bienes de consumo o de inversión, es decir, de flujos (*flows*), y no de inventarios de bienes de valor (*stocks*). Para bienes y servicios corrientes siempre hay al final un tipo de cambio que lleva al equilibrio, lo que no es el caso para el mercado de *assets*. Flexibilidad de los tipos de cambio no significa aquí ninguna tendencia al equilibrio, sino que aun cuando los tipos de cambio sean relativamente estables, como ocurre de momento, siempre se hallan bajo la permanente sospecha de devaluación. Lo cual lo hemos expresado diciendo que la política, si es que lo logra, precisa repetidamente estrategias de compensación,

es decir, políticas restrictivas, sean éstas fiscales, monetarias, crediticias o sociales, que inhiben el desarrollo económico.

MN: Así pues, por poner un ejemplo, cuando en medio de la crisis monetaria en el ámbito europeo se devaluó en años pasados la libra esterlina, se decía: ahora ya hemos logrado el equilibrio. Por el contrario, una devaluación del peso argentino sólo conduce a que la gente se pregunte: ¿Cuándo se producirá la próxima devaluación? ¿Radica aquí la diferencia entre una moneda estructuralmente débil y la sobrevaloración temporal de una moneda fuerte?

HR: Sí, pero no precisa ser devaluada tal moneda. La teoría de los tipos flexibles de cambio parte en realidad de la volatilidad de los tipos de cambio o, dicho en términos del lenguaje ordinario: unas veces así y otras así. Y tampoco niego que esto se pueda dar también entre las monedas de las naciones industrializadas, los equiparables francos suizos, dólares USA, tal vez incluso también el yen japonés – sobre ello se podría discutir – y ahora el euro – y antes el Deutsche Mark. Son las relaciones de mercado entre estas monedas llamadas « clave » las que proporcionan el modelo a la teoría. Pero ello no es lo decisivo en relación con los países de moneda débil; aquí se trata de una situación completamente diferente. Monedas tales como el peso y el resto de las latinoamericanas, aunque también muchas monedas asiáticas, si es que no son la mayoría, y sobre todo y muy en especial las africanas, no tienen esa calidad de servir como denominador para bienes de valor. Ocurre también que nadie, aparte tal vez de la gente del país mismo, hace sus cálculos económicos en estas monedas. Esto no es en absoluto un descubrimiento sensacional.

MN: Pero entonces ¿qué significa para la acumulación esta teoría monetaria de la producción? Puesto que en último término se trata ante todo del producto interno bruto real per capita, y tal desarrollo tijera. ¿Cómo se traduce el carácter de una moneda débil exactamente en una producción deficiente? Creo que todavía no está totalmente clara esta contradicción entre el modelo neoclásico, donde el dinero no es más que un "velo" sobre la economía real, mientras que la teoría monetaria de la producción se diferencia esencialmente de este modelo, siendo sólo entonces cuando se logra vincular esta economía monetaria, de moneda débil, con la economía del hambre de la economía real.

HR: Bueno, creo que hay que cuidarse también de acentuar ahora directamente el aspecto de la teoría de la producción real. Ahí volvemos a caer en el modelo clásico de pensamiento. Para mí es decisivo el que una tal moneda tenga que orientarse de acuerdo a situaciones internacionales de esa índole, o el hecho de que este estatus de la moneda débil domina enormemente, o sea, lo realmente decisivo en la política. Pero veamos ahora lo que eso significa: en primer lugar, sobrevalorización. Siempre se puede registrar un déficit tendencial de la balanza de bienes y servicios. Es una moneda sobrevalorada por su falta de calidad en los mercados de bienes de valor, y ello supone que los bienes de importación son comprados demasiado baratos, y los de exportación son ofrecidos demasiado caros; para llegar a ser competitivos a pesar de la desventaja monetaria, la única forma es comprimir los salarios, un problema que naturalmente constituye un obstáculo para el desarrollo.

MN: ¿Dónde está entonces la diferencia con los EEUU que también presentan un gigantesco déficit de la balanza de bienes y servicios? Es fácil decir que América Latina tiene un déficit mientras que europeos y japoneses tienen un superávit, y que por ello se da una acumulación asimétrica. Los unos viven del excedente de exportaciones y los otros creen que pueden y deben crecer con un superávit de importaciones, pero ello no resulta. ¿Cual es la diferencia entre el déficit de los EEUU y de los latinoamericanos? y ¿cómo se comporta todo esto respecto al enfoque keynesiano?

HR: No es sólo el caso de los EEUU sino también, en forma modificada, el de Gran Bretaña, e incluso de la Gran Bretaña de la época de postguerra. La diferencia es muy simple: los EEUU pueden endeudarse en su propia moneda. En el déficit de la cuenta corriente se manifiesta que tal déficit es un reflejo de las importaciones de capital en dólares. Y, por lo demás, esa fue y es aún también la diferencia con Gran Bretaña, tanto más interesante cuanto que este país también tenía una moneda que estaba bajo la sospecha de devaluación – al menos en los años cincuenta y sesenta –, hasta el gobierno de Thatcher. Lo cual no impidió a los inversores de la Commonwealth colocar su capital, caso de hacerlo en Gran Bretaña, en libras esterlinas. Es decir, que esa autonomía de poder endeudarse en la propia moneda – y eso es lo decisivo – regía también para Gran Bretaña.

En cambio, los países latinoamericanos - no solamente la Argentina - están endeudados en moneda extranjera y fuerte. Así se ven enfrentados al problema de que cada devaluación significa una revalorización de las deudas, lo cual les fuerza a una política restrictiva que, dicho de manera muy general, no deja espacio alguno para el desarrollo.

MN: El modelo de los países de moneda débil en Europa que luego se adhirieron al DM como moneda fuerte, concretamente la lira y la peseta, ¿podría ser transferido a países latinoamericanos? Hasta no hace mucho eran monedas débiles, relativamente débiles, el nivel de los intereses era real y, no sólo nominalmente, relativamente alto, y el camino que tomaron fue hacia la unificación monetaria de Europa.

HR: Naturalmente que la cuestión europea es importante. Pero lo que falta es la moneda áncora tipo DM.

MN: Si se dolariza, ello sería una posibilidad -¿o no es eso una posibilidad?- o bien ¿por qué no podría convertirse en algo parecido al real brasileño? También el rand en Sudáfrica inició un desarrollo similar o, al menos, lo intentó parcialmente.

HR: Ahora voy a hacerme el ingenuo. Me parece altamente interesante que se me plantee a mí tal pregunta. Yo te haría simplemente la contrapregunta de si ello es posible. El problema fundamental es que el dólar no cumple esa función o, digámoslo con toda claridad, el presidente de ministros argentino, o el jefe del Estrado, ya lo propuso en una ocasión. Pero naturalmente que faltaba el necesario entusiasmo por parte de la Fed. Mas si asumimos que el banco central americano estuviese en favor, por fin, si alguien quiere dolarizar, no puede inhibirlos, - pero la diferencia consiste en que aquí tenemos un Estado autónomo, una nación que ya no puede practicar ninguna política monetaria autónoma, algo que en nuestro país es contrarrestado, por ejemplo, por el euro, aunque naturalmente que también aquí hay problemas de funcionamiento.

MN: Pero tú tenías en realidad un gran escepticismo frente al euro.

HR: No tan radical, al menos no apelé al tribunal constitucional como otras veces...

MN: Eso no, pero tu pronóstico fue que se iniciaría – o que debería o tendría que iniciarse- una tendencia a organizar transferencias mayores, interregionales, o que ello daría lugar a una fuerte migración; que con los diferentes desarrollos de inflación y salarios ello conduciría a una Europa inquieta.

HR: Sí, puede que así sea, por supuesto. El problema es particularmente grave en el caso de América Latina – EEUU, si es que aquí queremos lograr un incremento de la calidad de las

monedas frente al dólar. De lo contrario es inevitable el peligro de periferización de esas economías nacionales. No debemos pasar por alto, aunque preferimos hacerlo, el hecho de que también dentro de naciones con una política económica autónoma seguirán produciéndose revalorizaciones y devaluaciones. Ello se debe concretamente a que en diversas economías regionales tenemos diferentes subidas del nivel de precios. Es decir, en regiones con una subida del nivel de precios relativamente alta se produce una revalorización, con la consecuencia de que las de una menor subida del nivel de precios tienen entonces ventajas y pueden exportar más, e importar el dólar más barato. Una experiencia que todavía nos espera. Y ya se dan estas diferencias en Europa. Y tanto los expertos como la reciente tesis de docencia de Waltraud Schelkle muestran que de ahí parte en realidad una coacción a la flexibilidad. Vamos a ver si esta presión se hace verdaderamente sentir y provoca ajustes, o si todo se quiebra en piezas. Aquí está permitido un escepticismo frente al euro. Pero lo que es válido para la zona del euro lo es naturalmente tanto más, por ejemplo, para la relación de los países latinoamericanos con el dólar, aparte de que entonces – lo cual tendríais que saberlo vosotros mejor que yo - la resistencia proviene comprensiblemente de los mismos EEUU.

MN: Ahora bien, el Fondo Monetario Internacional, en cuanto "lender of last resort" o "cuasi lender of last resort", como se le designa en el Informe Meltzer, está considerado como una cierta alternativa al dólar, incluso con una moneda propia, sus *Special Drawing Rights*. Y no faltan partidarios de ampliarlo, los cuales también pueden remitirse hasta cierto punto a Keynes. ¿Se daría ahora realmente esa posibilidad caso de que se produjera un movimiento internacional de reforma? Por fin, el FMI se ve sometido, desde los más diversos ángulos, a críticas, una de las cuales sigue siendo la presión a convertirse en una especie de banco central. ¿Puede ser esto una esperanza, o es una esperanza infundada para los economistas latinoamericanos que insisten en ello?

HR: Ni siquiera sabía que había también economistas latinoamericanos partidarios de esa concepción. Yo sólo la conozco de un señor llamado Wilhelm Hankel, quien defiende la romántica idea de practicar una política monetaria friedmaniana, partiendo del volumen de dinero, con instrumentos keynesianos (risas). Se trata realmente de una idea romántica porque naturalmente también aquí se ha de dar respuesta a la pregunta sobre la calidad de esta moneda como estándar de valor para los mercados internacionales y para el estándar general de valor de *assets*. Repito, una idea romántica. Como para imaginarnos a un benevolente dictador que, pensando en el bien común del mundo entero, hace exactamente lo correcto. El problema es el hecho de que entonces seguirá existiendo una competencia entre las monedas. Es decir, cuando el FMI con sus SDR, o con BANCOR, para tomar la sigla de Keynes, sigue una línea más flexible, sería la competencia entre las monedas, condicionada por el mercado, la que amenaza con torpedear ese arreglo. No se puede sustituir un mercado de monedas por una institución cualquiera. Esa es la concepción romántica de esos señores que evidentemente también encontramos en América Latina, pero que no suelen contar con experiencia propia en este ámbito.

MN: Habida cuenta de todas estas discusiones, ¿cuál sería entonces el papel del FMI que pudiera ser considerado como razonable? Parece que el FMI ve a la economía brasileña actualmente amenazada por una crisis de liquidez como consecuencia del proceso político, de las elecciones, de la situación económica mundial y otros factores; han decidido apoyar con un verdadero *Stand-by* de volúmenes considerables. Por el contrario, en el caso argentino se dice: poned primero vuestra casa en orden y hasta que no hayais repartido de alguna manera las pérdidas ya producidas, no estamos dispuestos a entrar con *fresh money*. Tenéis una crisis de solvencia, mientras que los brasileños «sólo» la tienen de liquidez. ¿No es esto en tu opinión, desde la perspectiva del FMI, perfectamente razonable? Por fin, corresponde a su verdadero

objetivo, o ¿lo consideras como una posición a la que hay muchas razones para oponerse – como hacen los argentinos por sentirse peor tratados?

HR: En este punto soy relativamente desapasionado. Diría que, en principio, considero esta política – digámoslo abiertamente - razonable o, mejor dicho, inevitable. En cada caso se puede discutir sobre el volumen, por ejemplo para Rusia o Turquía, y sobre los detalles de las condiciones; bien, pero no se deben tener expectativas exageradas. En una palabra: el FMI tiene una función paliativa.

MN: En el Brasil, Lula acaba de decir que el FMI es como un dentista: el problema no es el dentista, es la caries.

HR: ¡Entonces Lula confía en el FMI todavía un poco más que yo! ¡Un dentista elimina al menos los vestigios de la caries, es algo más que un mero paliativo! Pero hablando en serio: desde el fin del sistema de Bretton Woods, el FMI ya no se preocupa por las crisis financieras fuera del Tercer Mundo. La época de la postguerra con la predominancia del dólar y la debilidad de las otras monedas se cerró, y entre los países industrializados se estableció un régimen de monedas convertibles más o menos iguales. Ya no necesitan más al FMI y, de ser ésta la situación universal, la posición de Friedman de abolir el FMI sería un concepto teórico sano y sensato. Sin embargo, en América Latina y en los otros países con monedas débiles, sí se le necesita, porque se precisan divisas en dólares. No es más que un paliativo, pero ¿qué debe hacer ahí el pobre FMI? Cuando ahora ofrece ayuda se trata en realidad de una ayuda a los acreedores, a los acreedores en dólares. El dolar no desaparece, o sólo en parte, en cualquier caja fuerte de América Latina, sino que se queda dentro de las zonas monetarias donde están los acreedores en dólares. ¿Qué debe hacer entonces el FMI? No puede extender créditos sin límite y por eso tiene que imponer condiciones. Esa es su política. Mi tesis central es que la desigual división entre Primer y Tercer Mundo tiene su raíz en la desigualdad de las monedas. Los países en vías de desarrollo tienen que pagar sus deudas y los intereses en divisas, y no en su propia moneda.

MN: Yo encuentro siempre muy interesante en estudios al respecto, que incluso hemos orientado juntos, precisamente el que NO partan de una dicotomía o maniqueísmo, sino de una jerarquía, de manera que en principio es posible el *pyramid-climbing*; y tales fenómenos como la Alemania de postguerra, el Japón y la Inglaterra de postguerra así como también Corea del Sur o los países de Europa meridional, no son categóricamente excluidos, de manera que se pueden identificar constelaciones de mercados y regímenes que hacen posible un crecimiento hasta alcanzar los niveles del Primer Mundo. Lo que has dicho me suena un tanto – demasiado - dicotómico.

HR: De acuerdo, yo nada tengo en contra, ahí hay que diferenciar. Pero estoy en mi perfecto derecho de formular en arquetipos. Ya he mencionado incluso por qué lo considero adecuado: por tratarse del elemento básico, sí, dicotómico, de formular una crítica fundamental a la economía liberal, porque ésta siempre tiene la tendencia hacia mecanismos de equilibrio, de manera que no interpreta el tipo de cambio como precio de bienes de valor (*stocks*) sino como precio de mercancías (*flows*), el cual siempre tiende a un equilibrio debido a tendencias inmanentes del mercado. Si queda esta diferencia, entonces ya nada tengo en contra de que se diferencie entre la Argentina y el Brasil (*risas*).

MN: Reconociendo esta dicotomía teórica y empírica de que no se debe asumir un tipo de cambio "en equilibrio" entre monedas fuertes y débiles, tal vez sería sin embargo interesante reconsiderar cuáles son en realidad los mecanismos de un *pyramid-climbing* exitoso. ¿Cuál es

el mecanismo para trepar desde el Tercer Mundo al Primero? A veces usamos el concepto mercantilismo o neo-mercantilismo con su insinuación de que se debe exportar mucho, protegerse de importaciones, desadeudarse y acumular divisas, u otros principios históricos que, por lo general, se dirigen en contra de una economía sobre todo liberal o de una comprensión neoliberal o neoclásica de la economía y del libre comercio.

HR: Sí, sí. Pero tú ya has dicho la palabra decisiva. El término clave es algo así como desadeudarse. Tiene contenido dicotómico: la República Federal de Alemania no tiene que desadeudarse, y ello debido a que, aun teniendo deudas en moneda extranjera, en cierto modo puede saldarlas, y la mayoría están en euros, es decir, en su propia moneda. Eso ya es una diferencia importante, porque ahí se necesitan de nuevo acuerdos, convenios sobre deudas, como el Convenio de Londres con el que la República Federal de Alemania fue desadeudada después de la Segunda Guerra Mundial. Deudas impagables no desaparecen por vía del mercado sino solamente por vías institucionales. Ahora sí, ¡el mercado debe y puede ser sustituido por instituciones! Pero ¡cuidado! muchas veces se ve el desadeudamiento primordialmente como medida para obtener nuevos créditos - y entonces se repite lo mismo desde el principio. Es un error también de una escena izquierdista decir que ahora se deben condonar las deudas para poder importar otra vez. Muy al contrario: los deudores han de estar desadeudados para después poder generar un superávit de exportaciones y fortalecer sus monedas. Con nuevos déficits en la cuenta corriente nada cambia en el juego básico de que se crean nuevas deudas que sólo se pueden pagar en moneda extranjera, y así en adelante.

MN: Entonces la prescripción, la terapia, es más bien que se precisa una balanza de bienes y servicios realmente equilibrada o excedentes ...

HR: Bueno, eso es precisamente la versión romántica de la Escuela Berlinesa, ¿no? (*risas*). Puede que sea así, y está correctamente interpretado, pero mis discípulos muchas veces le dan una vuelta teleológica, como si fuese un problema a solucionar con buena voluntad, aplicando instrumentos de política económica para alcanzar objetivos premeditados. Yo prefiero una interpretación que coloca la política dentro de un marco de constelaciones y condiciones de mercado que permiten - o no - salir de la trampa de la deuda y fortalecer la moneda propia. Ahí está el ejemplo del Deutsche Mark tras la Segunda Guerra Mundial que muestra que eso puede ser una realidad, y bajo qué condiciones. Las condiciones son bien unívocas, concretamente un excedente de exportaciones, por ser el único medio para asegurar que una moneda débil pueda llegar a ser sospechosa de ser revalorizada, en vez de la expectativa normal de devaluación. No conozco ninguna otra constelación de mercado que lo permita. Y eso es lo decisivo. Pero ello no significa - y ahora soy más precavido que algunos de mis discípulos - que esa constelación sea alcanzable y posible en la realidad actual del país A o B. El C - Chile en América Latina - está evidentemente en una situación mejor.

MN: Puede ser que la cuenta corriente sólo se balancea a través de tales restricciones de las importaciones, de modo que parezca que haya excedente de exportaciones, pero con restricciones que de ninguna manera son compatibles con pleno empleo y desarrollo económico.

HR: Eso tampoco fue distinto tras la Segunda Guerra Mundial, ni en la República Federal ni mucho menos en el Japón. Así es - e insisto en que mi modelo está en contradicción con la teoría liberal.

MN: Bueno, ¿pero estás realmente orgulloso del calificativo de "románticos" para tus - o nuestros - alumnos de la Escuela de Berlín? Me parece un poco auto-satírico. ¿Por qué no deberían responder con estas prescripciones y terapias - a saber: exportar, un poco de proteccioni-

smo y desadeudar, acumular divisas y quedar sub- en vez de sobrevalorizada su moneda - cuando son preguntados?

HR: La respuesta es muy simple: se trata de la pregunta relativa al grado de diferenciación de los argumentos (*risas*).